

Brasil

Roberto SEGRE

PROURB, FAU, UFRJ

HUELLAS DIFUSAS: LA HERENCIA DE LE CORBUSIER EN BRASILIA

La memoria autoritaria

Alejo Carpentier afirmó que el siglo XIX fue uno de los más largos de la historia: comenzó con la Revolución francesa en 1789 y terminó con la Primera Guerra Mundial en 1914. A su vez, imaginaba que la presente centuria, iniciada en 1917 con la Revolución de Octubre y marcada por el surgimiento del socialismo y el hipotético fin del capitalismo, superaría de lejos el año 2000 (CARPENTIER, 1987:59-89). Sin embargo, no vivió lo suficiente para conocer la dura verdad. Eric Hobsbawm demuestra que resultó uno de los más cortos, al terminar en 1989 con la caída del muro de Berlín y la desintegración de la URSS (HOBSBAWN, 1995). Para quienes nacimos y nos formamos en la primera mitad del siglo, llenos de ilusión y de fe en la civilización contemporánea, en el progreso y en la capacidad de redención del hombre, resulta difícil no caer en el desánimo y el pesimismo, ante el vaticinio del historiador inglés, que el siglo XXI se vislumbra como la edad de la desesperanza. El inicio resulta desalentador: las matanzas de Ruanda, la guerra fratricida en Yugoslavia y Chechenia, el *Unabomber* y los cinco millones de *Freemen* en Estados Unidos, el terrorismo islámico, la radicalización del bloqueo a Cuba, la creciente desocupación, la agudización de los desniveles de vida entre metrópolis y periferias. Luchamos a capa y espada durante décadas por los contenidos morales del Movimiento Moderno; por una renovación de formas y espacios que, representativos de la «*ea maquinista*», responderían definitivamente a las reales necesidades sociales de una Humanidad en vías de integración democrática, frente al esteticismo moderador de la Academia. Sin embargo, hoy en la perspectiva histórica, descubrimos que se borran y diluyen las diferencias y

antagonismos que hallábamos insalvables entre los dos últimos siglos.

Herederos del Iluminismo, apostamos al valor de la razón por sobre todas las cosas. Subyugados por la irrefutabilidad de los enunciados cartesianos, en la infancia descubrimos las perspectivas abiertas del saber, el optimismo sin límites sobre la capacidad de transformación en la vida humana, de los avances científicos contenidos en las maravillosas láminas de la Enciclopedia Diderot. Luego, la Revolución Francesa, dio vuelo a las ansias de libertad de los pueblos sojuzgados, que poco a poco comenzaron a integrarse a la cultura y el bienestar material, aún persistiendo la dura explotación de obreros y campesinos y pese a la voracidad y autoritarismo de reyes, emperadores y banqueros. Cuando las contradicciones del capitalismo anunciadas por Marx y Lenin desencadenaron la Guerra del 14, al finalizar la contienda, imaginamos que el mundo encontraría un camino sin espinas, ante la aceleración de los descubrimientos tecnológicos. La Revolución de Octubre demostraba que también los desposeídos podían decidir sus destinos, sin la tutela de zares, aristócratas y burgueses. De nuevo se cernió la tormenta: descubrimos la antítesis entre la razón «sana» y la razón «malsana». Por una parte la construcción del socialismo en la URSS; por otra el nazismo y el fascismo como una faceta espúrea del sistema capitalista. Terminada la Segunda Guerra Mundial, sacudidos por los horrores del Holocausto y de las bombas atómicas, volvió la esperanza con la liberación de los pueblos del llamado «Tercer Mundo». La existencia de un frágil equilibrio político mundial se quebró con los conflictos de la Guerra Fría. El ansia de progreso social, basado en la participación popular democrática se empañó con el persistente autoritarismo: el expansionismo militar de Estados Unidos, la continuidad del estalinismo en el mundo socialista y la proliferación de dictaduras militares en los

países «nuevos» –parafraseando a Darcy Ribeiro–, hicieron crisis abriéndose la etapa actual de homogeneización creada por el capitalismo universal «globalizante». Los hombres «fuertes» fueron sustituidos por el sistema «fuerte»: los rostros carismáticos desaparecieron ocultos detrás de los cristales espejo de los rascacielos de las grandes corporaciones o sumergidos en el laberinto de los *shopping centres*.

Transcrito al tema de la ciudad, esta síntesis encuentra su clara expresión formal y espacial. Los imperativos de la razón autoritaria apelaron a las formas puras, a los espacios infinitos, a las perspectivas monumentales. Ejes y diagonales, nacidos con modestia y equilibrio en la Roma de Sixto V, se desencadenan en Versalles y se magnifican en utopías y realidades durante los siglos XIX y XX. Ciudades concretas y proyectos ideales y regímenes de izquierdas y de derecha, democráticos o represivos, no imaginan el contexto urbano sin rectos trazados de dilatadas avenidas. Los *boulevards* haussmanianos en París, ratificados por el reciente eje de *La Défense*; el *Mall* de Washington; la *Unter der Linden* en Berlín –luego teóricamente expandida por el proyecto nazi de Albert Speer y concretamente materializada en la *Stalinale*–; los *prospekt* creados por Stalin en Moscú modernizados por la Avenida Kalinin, la *Via della Conciliazione*, obsequiada por Mussolini al Vaticano; el Paseo de la Castellana de Madrid, con el arco de triunfo de las torres inclinadas de la Plaza de Castilla. América Latina no resulta exenta de esta ansiedad rectilínea. Cada ciudad desde comienzos de siglo, construye un eje rector de las estructuras centrales; México es pionera con el Paseo de la Reforma; Buenos Aires requiere más de medio siglo para finalizar el sistema Avenida 9 de Julio-Diagonales. Todos los proyectos de los urbanistas de la Escuela de París reproducen las perspectivas parisinas: Agache en Río de Janeiro; Forestier en La Habana; Rotival en Caracas.

Al celebrarse el centenario del nacimiento de Le Corbusier (1987), fueron rectificadas los componentes «clásicos» de los esquemas urbanos del Maestro (BANHAM, 1966:97; BORDOGNA, 1983:30; CURTIS, 1987:8), tanto en la ciudad de 3 millones de habitantes como en la *Ville Radieuse*. Cambian la escala, las relaciones

volumétricas y la tipología arquitectónica, pero no se renuncia a los espacios abiertos ritmados por horizontales *greco* o rascacielos cartesianos. El orden del «Plan» responde a la ancestral identificación de la regularidad formal con la organización coherente de la sociedad. Desde San Agustín, Campanella, Tomas Moro o Fourier, la armonía de la vida comunitaria exige la precisión geométrica. Principio también llevada a las tierras americanas por los soñadores utopistas (GÓMEZ TOVAR, GUTIÉRREZ, VÁZQUEZ, 1991) y por los ingenieros que proyectaron las primeras ciudades «nuevas»: La Plata en Argentina; Belo Horizonte y Goiania en Brasil. El fortalecimiento de los rituales urbanos requeridos por el poder constituido respaldó el diseño del ámbito escenográfico: procesiones religiosas, paradas militares, ceremonias político-patrióticas. Los símbolos arquitectónicos reforzaron la necesidad de visuales distantes: monumentales casas de gobierno; suntuosos capitolios; adustos ministerios; severos palacios de justicia. Le Corbusier, alteró los términos de la jerarquización funcional –predominaron las oficinas, los estadios o los centros culturales–, pero no cuestionó la presencia de la autoridad –en este caso más económica que política–, como rectora de la configuración del centro urbano. A su vez, la acción demiúrgica del diseñador, identificada con el poder, controlaba la totalidad de la forma urbana, sin grados de libertad alternativos. Sin embargo, en el mundo dominado por los imperativos de la propiedad privada, la ansiada unidad formal quedó sustituida por el caos imperante en la metrópoli contemporánea. Solo persistió el aislado modelo de la *Cité des Affaires*, cuyo paradigma más acabado se concreta en Houston. A pesar de no haber nunca construido el Maestro un rascacielos, éste fue el legado repetido *ad infinitum* por el capitalismo triunfante o el socialismo arrepentido: las mismas torres aparecen en Nueva York, París, Kuala Lumpur o Shenzhen.

Si bien Lucio Costa no hace referencia al valor ejemplar de las propuestas urbanas de Le Corbusier, al enunciar los antecedentes de Brasilia –el «orden» francés, el *lawn* inglés, las perspectivas abiertas del urbanismo chino, la pureza de Diamantina, las *parkways* norteamericanas (COSTA,

1995:330-1)–, se constató con asiduidad el paralelismo existente entre el eje monumental y los dibujos proféticos de la *Ville Radieuse* (EVENSON, 1973). La escala «barroca» del sistema simbólico del poder político, rescataría la imagen tradicionalmente identificada con reyes y tiranos, para enmarcar las concentraciones de las masas urbanas. No en vano afirmó Costa que «la Plaza de los Tres Poderes es el Versalles del pueblo» (CARVALHO, 1995). Tesis refutada durante veinte años: las paradas militares de la dictadura encontraron su espacio idóneo para exhibirse en el apolítico vacío. Pocas veces el pueblo se concentró en la gigantesca plaza: resultó una excepción el festejo de la inauguración de la ciudad con Juscelino Kubitschek y con mayor fuerza se manifestó la indignación popular en el *impeachment* del Presidente Collor. El silencio de la infinitud volvió a predominar en enero de 1995, cuando debía festejarse un nuevo triunfo de la democracia, en la toma de poder de Fernando Henrique Cardoso.

Si las duras críticas formuladas interna y externamente sobre Brasilia (COMAS, 1991a:35, MENDES DE VASCONCELLOS, 1994) poseen un fundamento válido, no cabe duda que la presencia de Oscar Niemeyer logró suavizar y humanizar la dureza de los abstractos esquemas *lecorbusieranos*. De ahí la ligereza y la autonomía formal de los edificios desparramados a lo largo del eje –el Teatro, la Catedral, Itamaratí, el Congreso–, con su pregnancia visual, identifican la personalidad icónica de la capital del mundo. También el Maestro, al visitar el Planalto Central en 1962, expresó su reconocimiento a la originalidad del lenguaje, al decir «...las columnas de Oscar son muy delicadas, el piso es muy delicado. Yo habría hecho una plaza de los Tres Poderes con grandes placas de hormigón armado, con juntas de asfalto como en los aeropuertos...» (SEGAWA, 1991:50-53). A pesar de la rígida axialidad establecida por la serie rítmica de los bloques de los Ministerios, las restantes obras asumen el carácter de *objets trouvés*, libremente apoyados sobre el césped continuo. El predominio de las curvas expresan el hedonismo surgido de la referencia a la figura femenina y a la vegetación tropical (BUCHANAN, 1988:28, UNDERWOOD, 1994:34). En la virtualidad volumétrica de

la Catedral, la transparencia lineal de ambos palacios enfrentados –Planalto y Corte Suprema–, (SILVA TELLES, 1994:91-5), la asimetría del Congreso, están presentes *ante letteram*, algunos de los postulados que Koolhaas esgrime para cuestionar las categorías del Movimiento Moderno: virtualidad, inexistencia, fricción, fragmentación (KOOLHAAS, 1993:25-57). Sin embargo no logran quebrar el ancestro *Beaux Arts* de la composición urbana y su contenido segregativo. La capacidad cohesionadora de la vida social ansiada en la metrópoli contemporánea, no existe en Brasilia, aún atada a la imagen excluyente de la «ciudadela» ritualística. El entorno monumental, sigue representando con fuerza los valores eternos y metafísicos de la cultura occidental blanca que el sincretismo y mestizaje representativos de la identidad latinoamericana. Es lícito afirmar la dualidad existente entre espacio «sagrado» –totalmente controlado por los artistas mesiánicos– y «profano» (BICCA, 1985:102) –definido por los usuarios–, que separa la configuración del Plano Piloto de la aglomeración extendida «informal» de las Ciudades Satélites.

Poesía y vida cotidiana

Resultaría esquemático generalizar sobre la crisis del modelo «racional» de Le Corbusier. Si el mundo moderno fagocitó aceleradamente las imágenes de autopistas y rascacielos, no hizo lo mismo con las formulaciones más contundentes del Maestro: el logro de una vivienda mínima digna para todos los habitantes de la Tierra, diseñada con la suficiente flexibilidad para permitir la intervención de los usuarios y producida en serie por métodos industrializados. Si el énfasis de su valorización por los críticos apostó a la imagen del «profeta» –parafraseando a DÍAZ COMAS (1991b:127)–, aún más rescatable –para nosotros, los sobrevivientes del llamado «Tercer Mundo»– es la figura del «poeta» inmerso en la realidad presente. Son reveladoras estas palabras: «Me interesa solamente la actualidad; en los últimos veinte años, mis esfuerzos se han dirigido inflexiblemente al hoy y nunca al mañana, del que nada conozco. Le encuentro mal sabor a cualquier cosa de

“Vida del Futuro” y “Metrópolis”: o bien semejantes profecías son idiotas en su evaluación del presente, o se entregan a exageradas conjeturas hipotéticas, o exhiben métodos y conclusiones arbitrarias. Nos arrastran por la peligrosa estela del Futurismo en la cual el mañana y nunca se confunde. Basta con hoy; con las manos llenas de las realidades de hoy, construyamos» (HODGEN, 1966:117).

Esa subvaloración de la faceta subjetiva en la personalidad de Le Corbusier; de su producción pictórica y escultórica –por tiempo asimilada en términos de amateurismo dominguero–; el restarle importancia a la influencia ejercida por las civilizaciones «otras» –las extraeuropeas– sobre su pensamiento y acción; demuestran el temor en respaldar un modelo cultural contaminado, ajeno a los postulados canónicos de aquella denominada «occidental y cristiana». Llama la atención que sólo en 1965 –el año de su deceso–, se edite el esencial testimonio de su juventud *Voyage a l'Orient*; que en la exhaustiva obra publicada en el Centro Georges Pompidou a raíz de la exposición del centenario de su nacimiento –*Le Corbusier, Une Encyclopédie*–, no contenga ninguna voz escrita por un crítico o historiador latinoamericano; no aparezca el término **América Latina**, y no posean espacio propio Lucio Costa y Oscar Niemeyer, que tanta significación tuvieron en las transformaciones conceptuales del Maestro acaecidas a partir de su viaje a Latinoamérica en 1929. Para nosotros la visión «sincrética» de Le Corbusier (TZONIS & LEFAIVRE, 1985:7) nace del encuentro con Josephine Baker en San Pablo –se emociona profundamente al oír la cantar *Baby* en un teatro de la ciudad (CARPENTIER, 1976: 560-6)–, más que de la experiencia de la Casbah de Argel en 1931 (INGERSOLL, 1990:7). Tanto en el descubrimiento del arte popular turco; de la vida cotidiana de los campesinos en Bulgaria; la «mulatez» y «negritud» de los habitantes de las *favelas* brasileñas o las ancestrales tradiciones de los emigrantes pobres italianos en los «conventillos» de Buenos Aires, el Maestro percibe la existencia de otros mundos, ajenos a la razón clásica. Experiencias intensas –acompañadas por el descubrimiento de la dimensión «tantálica»– parafraseando a Carpentier– del paisaje americano en sus

primeros vuelos sobre el Continente, que asimila y decanta, aflorando luego en la producción artística (LE CORBUSIER, 1929). Percepción del valor telúrico de las tradiciones populares que lo acercan a Joseph Savina y Constantino Nívola. A pesar de su fría coraza protectora, la sensibilidad por las mujeres exuberantes reflejada en sus pinturas, que luego afloran en las curvas arquitectónicas; su receptividad subconsciente a la influencia del Surrealismo y el Dadaísmo en las esculturas Ubu; la constante búsqueda en la naturaleza de los *objets à réaction poétique*.

Si obviamos la crítica esquemática ideológica formulada sobre sus propuestas urbanas por los teóricos marxistas (RAMÓN, 1967, LEFEVRE, 1968), denunciado el respaldo a la separación clasista de la sociedad; o las ingenuas declaraciones del Maestro –«La gran empresa es hoy en día un organismo sano y moral» (HILPERT, 1983:3)–; vemos aparecer, detrás del sistema monumental de la *city*, a los «otros»: los trabajadores manuales –industriales y agrícolas–, o los empleados de las estructuras de servicios de la ciudad (SASSEN, 1993:5-23). Son los «suburbanos» y los «mixtos» de la *Ville Contemporaine*, de 1922 (LE CORBUSIER, 1924) y los habitantes de la «unidad rural» y la «unidad industrial» de los Tres Establecimientos Humanos (LE CORBUSIER, 1961). O sea, que sería injusto condenar a Le Corbusier, por la paternidad de las abstractas estructuras arquitectónicas de las actuales empresas transnacionales, cuando también tuvo conciencia que existían los «marginales» –realidad inobjetable que podría cuestionarse o no–, seres humanos con derecho a una vivienda, a un espacio de trabajo, a la calidad estética del ambiente vital. Y podemos seguir a lo largo de su *Oeuvre Complète* como diseño persistentemente para obreros y campesinos; como lucha por la esperanzadora utilización de las potencialidades industriales para construir viviendas en serie, sin negar la alternativa de la «autoconstrucción» en las viviendas *Monol* con techo de asbesto-cemento y *Murondis* de madera y adobe (JARDOT, 1960:94). En los proyectos de los Centros Cooperativos Rurales y en la Fábrica Verde, imaginaba que las tareas más humildes realizadas en el espacio suburbano, también

merecían la atención del proyectista. O sea por una parte, era consciente de los crueles mecanismos que manipulaban las brillantes torres de oficinas: «el centro de las ciudades es el capital intensamente activo sobre el que juega la bolsa desenfrenada de la especulación privada» (LE CORBUSIER, 1962). por otra, asumía la necesidad de atender la indigencia y la penuria de las zonas subdesarrolladas, que también incluía el hombre «nomade» –todavía no se había definido la «nomantología» de la cultura urbana contemporánea (VIDLER, 1993:37)–, figura que comenzaba a aparecer en las ciudades «tentaculares» (LE CORBUSIER, 1955).

Le Corbusier: el reflujo de los márgenes

Esta compleja y densa faceta de la lección de Le Corbusier, no resultó integrada en el proyecto de Brasilia. Primó la racionalidad sobre la subjetividad, el imperio del orden «lejano» sobre la flexibilidad del orden «próximo». A pesar de las posiciones políticas progresistas –tanto de Oscar Niemeyer, como de Lucio Costa–, en los testimonios sobre la capital, después de la dictadura, se obvia la presencia de más de un millón de habitantes en las Ciudades Satélites, en las hipotéticas intervenciones futuras (NIEMEYER, 1993, COSTA, 1995). A un cuarto de siglo de su fundación –casi un instante en la vida de una urbe–, la imagen pregnante sigue identificada con el Plano Piloto, paradigma urbano de la Primera Modernidad, hoy es dudoso modelo de la metrópoli del siglo XXI. De ahí que la imagen «futurista» se ha convertido en pura arqueología: en 1987 la UNESCO declara Brasilia «Patrimonio Cultural de la Humanidad», sumándose a los monumentos milenarios del planeta. Casi sietemesino, el centro simbólico de repente resulta historia «congelada», antagónica al latir de la *Living City* de Frank Lloyd Wright, o a la diversidad creada por Le Corbusier en los Tres Establecimientos Humanos. De la nada, del vacío de un territorio desierto, se pretende enmarcar la complejidad de la vida urbana en la monumentalidad de la Acrópolis. Contradicción imposible de contener dentro de los límites de la *Gute Form* –recordando a Max Bill–, cuyo estallido, la trasformó, de símbolo del

Movimiento Moderno, en materialización concreta de la postmodernidad urbana, forjada en el incontrolado crecimiento cotidiano de la infinita suburbia (RABINOW, 1992:248-264). Se ha cumplido la venganza de Moctezuma: de la tierra brota una realidad ajena a los ideales y modelos vinculados con lejanas metrópolis.

¿Qué factores produjeron los profundos cambios responsables de la crisis de los valores originarios? Los límites del Plano Piloto sólo circunscriben la vida de 400.000 habitantes, mientras 1.3 millones se asientan en las áreas periféricas. Los símbolos arquitectónicos de la centralidad quedaron reducidos al distante mensaje político –decaído y desprestigiado en la reciente historia de Brasil–, aislados y opuestos a toda significación polisémica. El «centro» en términos económicos y sociales se desplazó a los núcleos satélites de mayor vitalidad. Taguatinga, Ceilandia y Gama. O sea, expandida una estructura urbana discontinua, el tema actual es el rescate y definición de los bordes y las fronteras, más que la preservación de los espacios monumentales. Frente a la «dictadura» del diseño del Plano Piloto, las ciudades satélites se caracterizan por la precariedad de los controles formales. En contraposición a la coherencia de los hipotéticos intereses colectivos, predomina la arbitraria acción individual. Tanto en el Plano Piloto como en los bordes, la gráfica publicitaria y las trasformaciones de los usuarios en las viviendas aisladas, recuperaron la historia a través del *kitsch* vernacular, que llenó la ciudad de balaústres clásicos, techos alpinos, piedras milenarias y rejas islámicas. El desorden de la vida doblegó el orden abstracto de las «geografías mentales» (PAVIANI, 1995).

Los antagonismos del entorno reflejan la realidad social y económica imperante: por una parte en el Plano Piloto, la renta *per cápita* resulta la más alta del país –4000 US\$–; en los núcleos periféricos radican 320.000 personas carentes de abastecimiento de agua y 610.000 sin alcantarillado. El sistema de transporte presenta un cuadro similar: la mitad de la población del Plano piloto utiliza el automóvil en cortos recorridos –600.000 unidades que saturaron la circulación fluida de las autopistas–, hacia el centro administrativo, mientras el 75% de los

habitantes suburbanos consume largas horas de su vida en viejos, precarios y costosos omnibus para acceder a las actividades terciarias y manuales. Ante la dureza del sustento diario —que reproduce las condiciones imperantes en las ciudades tradicionales del Brasil—, las masas desposeídas buscaron el alivio esperanzador en la religión. La racionalidad del trazado contiene centenares de mesiánicas iglesias de las más disímiles sectas y creencias (y arbitrarias formas), que albergan un misticismo universalístico a la espera de la salvación en estas tierras, una vez terminado el inminente Diluvio Universal.

Menos pesimista es el actual Gobernador del Distrito Federal, Cristóvam Buarque, ex rector de la Universidad, quien, al formular el plan de acción del gobierno, sostuvo:

«Nuestro compromiso es de inaugurar Brasilia. Reinaugurarla en el sentido de crear una respuesta al desafío de nuestro tiempo, como lo hiciera entonces Juscelino Kubitschek. En aquella época, el gran desafío era la integración nacional y Juscelino ¡creó Brasilia! Hoy nuestro gran desafío es combatir la segregación social y crear el proceso de integración social para alcanzar un desarrollo sustentable y solidario» (BUARQUE, 1995:7). Ante la primacía de los problemas comunitarios, la complejidad de las relaciones humanas ha tomado la delantera sobre la simplicidad de la forma. Las iniciativas inmediatas que proponen las autoridades municipales son las siguientes a) mejorar las precarias condiciones de vida y de trabajo de los 1.4 millones de habitantes que residen en las ciudades satélites; b) reformular los principios del diseño «incontaminado» de Lucio Costa y Oscar Niemeyer para el Plano Piloto y superar los errores detectados en la cotidianidad de treinta y cinco años de práctica comunitaria; c) reorganizar el sistema circulatorio y crear los inexistentes elementos direccionales de orientación del espacio urbano; d) fortalecer los precarios sitios públicos de vida social; e) densificar las áreas habitacionales; ocupar las «tierras de nadie» y los terrenos vacíos, revirtiendo las enormes desventajas de la dispersión (DE HOLLANDA, 1995). O sea, estructurar los polos diferenciados de nucleamiento poblacional, tal como los imaginaba Le Corbusier en la propuesta del Ascoral (LE

CORBUSIER, 1959). En aquel entonces afirmaba «La arquitectura moderna se integrará al suelo y la cultura de cada país. Este es el destino y la condición de las obras. Habrá gran diversidad puesto que los materiales son diversos, la luz es distinta en cada lugar, los terrenos son llanos, con cerros o montañas y las mentes de los hombres también son distintas. Y será una variedad en la unidad» (LE CORBUSIER, 1972).

Estos son los desafíos del siglo XXI para una ciudad nacida como el símbolo del reencuentro social y económico brasileño, y convertida según Niemeyer «en la ciudad mas discriminatoria de este país; tan discriminatoria que los que la construyeron no pudieron habitar en ella (NIEMEYER, 1985:43). Al final el mundo apolíneo de las formas y la monumentalidad de los espacios ha hecho crisis definitivamente. Más que Brasilia, en América Latina resulta hoy Curitiba, un modelo de integración entre diseño, sociedad y cotidianidad. No son las cenizas de la Modernidad y del Clasicismo, de las que surgirá el Ave Fénix de la redención del hombre, sino de la definición ética y moral de la solidaridad comunitaria. Volviendo a Le Corbusier, su enseñanza no perdura en la lírica precisión de las formas, sino en su apego a la existencia humana y la búsqueda de un equilibrio social, logrado a través de la integración de grupos disímiles, sin represión ni coacción: «El sueño sólo se apoya sobre realidades esenciales. La poesía solo procede mediante hechos exactos. El lirismo solo tiene alas sobre la verdad. Solo lo genuino nos conmueve... ¡La vida! ¡la vida!, apreciamos su brillo mediante un profundo descenso a la esencia de las cosas. (LE CORBUSIER, 1929, 1962).

BIBLIOGRAFÍA

- BANHAM, Reyner (1966): «The last formgiver», *Architectural Review*, 834, Londres.
- BICCA, Paolo (1985): «Brasilia: mitos e realidades», en Aldo PAVIANI: *Brasilia, ideologia e realidade. Espaço urbano em questão*, Editora Projeto, San Pablo.
- BORDOGNA, Enrico (1983): «Ville Radieuse, embellissement, città opera d'arte collettiva», *Hinterland*, VI, 28, Milán.

- BUARQUE, Cristovam (1995): *Retrato de Brasilia. 1995. O ponto de Partida*. GDF, Codeplan Brasilia.
- BUCHANAN, Peter (1988): «Formas flotantes, espacios fluidos. La poética de Oscar Niemeyer», *A&V, Monografías de Arquitectura y Vivienda*, 13, Madrid.
- CARPENTIER, Alejo (1976): «Confidencias de Josephine Baker», (*Carteles*, 15/8/1935) *Crónicas II*, Editorial Arte y Literatura, La Habana.
- (1987): «Sobre La Habana (1912-1930)», *Conferencias*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- CARVALHO, Mario César (1995): «Entrevista», *Folha de Sao Paulo*, San Pablo, 23/7, en Suplemento, María Elisa COSTA, *Lucio Costa. Registro de una vivência*. Empresa das Artes, San Pablo.
- COSTA, María Elisa (edit) (1995): *Lucio Costa. Registro de una vivência*. Empresa das Artes, San Pablo.
- CURTIS, William J. R. (1987): «Tipos para la nueva ciudad industrial. La Hora del urbanismo», *A&V Monografías de Arquitectura y Vivienda*, 10, Madrid.
- DE HOLANDA, Frederico (1995): «Brasilia: a invers(o) das prioridades urbanísticas», ponencia presentada al VI Encuentro Nacional de ANPUR, 22-26 mayo, Brasilia.
- DÍAZ COMAS, Carlos Eduardo (1991a): «Identidad nacional, caracterización arquitectónica», en AAVV: *Modernidad y postmodernidad en America Latina. Estado del debate*, Escala, Bogotá.
- (1991b): «Prototipo, monumento, un ministerio, el ministerio», en Fernando PÉREZ OYÁRZUN: *Le Corbusier y Sudamérica. Viajes y proyectos*, Ediciones Arq. De la Escuela de Arquitectura de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- EVENSON, Norma (1973): *Two Brazilian Capitals. Architecture and Urbanism in Rio de Janeiro and Brasilia*, Yale University Press, New Haven.
- GÓMEZ TOVAR, Luis; GUTIÉRREZ, Ramón, y VÁZQUEZ, Silvia (1991): *Utopías libertarias americanas. La ciudad anarquista americana de Perre Quiroule*, Ediciones Tuero, Madrid.
- HILPERT, Thilo (1983): *La ciudad funcional. Le Corbusier y su visión de la ciudad*, Instituto de Estudios de Administración Local. Madrid.
- HOBBSAWN, Eric (1994). *The Age of extremes*, Michael Joseph, Londres.
- HODGEN, Lee F. (1996): «Le Corbusier, o del reino de las cosas bien hechas», *La Torre, Revista general de la Universidad de Puerto Rico XIV*, 52, enero-abril, San Juan.
- INGERSOLL, Richard (1990): *Le Corbusier. «A marriage of contours»*, Catálogo de la exposición realizada en al *Farish Gallery, School of Architecture, Rice University, Houston*, Princeton Architectural Press, Nueva York.
- JARDOT, Maurice (1960): *Le Corbusier. Creation is a patient search*, Frederick A. Praeger, Nueva York.
- KOOLHAAS, Rem (1993): «Urban operations», *Columbia Documents of Architecture and Theory*, Universidad de Columbia, Nueva York.
- LE CORBUSIER (1929): *Précisions sur un état présent de la l'architecture et de l'urbanisme*, Vincent Fréal, Paris.
- (1955): «Architecture du bonheur. L'Urbanisme est un clef», Jean PETIT (ed.): *Cahiers*, 5-6-7, Forces Vives, Paris.
- (1959): *Como concebir el urbanismo*. Ediciones infinito. Buenos Aires.
- (1962): *La Ciudad del futuro*. Ediciones infinito, Buenos Aires.
- (1972): *Por las cuatro rutas*, Gustavo Gili, Barcelona.
- (1987): *Une Encyclopédie. L'aventure de Le Corbusier*, Centre Georges Pompidou, Paris.
- (1993): *El viaje de Oriente*, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, Murcia.
- LEFEBVRE, Henri (1968): *Le droit à la ville*, Editions Anthropos, Paris.
- MENDES DE VASCONCELLOS, Eduardo (1994): «Brasilia e as utopias modernas» Ponencia presentada al II Forum Brasilia de Artes Visuais, septiembre, Brasilia.
- NIEMEYER, Oscar (1985): «Depoimientto esclusivo», *AU, Arqitetura & Urbanismo*, 2,2 abril, San Pablo.
- (1993): *Conversa de arquiteto*, Editora Revan, Eidtora UFRJ, Rio de Janeiro.

- PAVIANI, Aldo (1985): *Brasilia, ideología e realidad. Espaço urbano em questão*, Editora Pojeto, San Pablo.
- RABINOW, Paul (1992). «Amodern Tour in Brazil», en Lash SCOTT & Jonatan FRIEDMAN: *Modernity & Identity*, Blackwell, Cambridge, Mass.
- RAMÓN, Fernando (1967): *Miseria de la ideología urbanística*, Ciencia Nueva, Madrid.
- SEGAWA, Hugo (1991): «El viaje de Le Corbusier a Brasil, 1962». Entrevista a Italo Campofiorito, en Fernando PÉREZ OYARZUN: *Le Corbusier y Sudamérica. Vajes y proyectos*, Ediciones Arq. De la Escuela de Arquitectura, Pontificia Univ. Católica de Chile, Santiago de Chile.
- SASSEN, Saskia: «Analytic Borderlands: Economy and culture in the Global City», *Columbia Documents of Architecture and Theory*, Nueva York.
- SILVA TELLES, Sophia (1994): «Forma & Imagen», *AU, Arquitetura & Urbanismo*, 10, 55 agosto-septiembre, San Pablo.
- TZONIS, Alexander y LEFAIVRE, Liane (1985): «Syncretism and the critical outlook in Le Corbusier work», *AD*, 7/8, *Le Corbusier Archive*, 55, Londres.
- UNDERWOOD, David (1994): *Oscar Niemeyer and Brazilian Free-Form Modernism*, George Braziller, Nueva York.
- VIDLER, Anthony (1993): «Home alone», en Vito ACCONCI, *The city inside us*, Catálogo de la Exposición MAK, Austrian Museum of Applied Arts, Viena.

Estados Unidos

Thomas F. GLICK

Departamento de Historia. Universidad de Boston

LOS NUEVOS BARRIOS HISPANOS

Las enormes oleadas de inmigrantes latinoamericanos en Estados Unidos a lo largo de los últimos treinta años han cambiado completamente la naturaleza de los barrios urbanos que ellos conformaban. Históricamente los inmigrantes latinos habían formado verdaderos barrios en las distintas ciudades donde se establecían, siendo los más famosos el «East» de Los Angeles y el «Spanish» Harlem de Nueva York. Allí, mejicanos y puertorriqueños respectivamente establecían colmados y otros negocios pequeños que, luego cuando sus propietarios iban mejorando su situación, vendían a otros compatriotas, fomentando una especie de circulación de capital dentro de la comunidad de inmigrantes —proceso fundamental en el establecimiento de una sociedad estable, en vías de asimilación—. La inmigración de

estos grupos a Estados Unidos les ofrecía una oportunidad de ascender económicamente y asimismo de obviar los obstáculos a la movilidad social que les frenaban en sus países de origen. Tal coyuntura explica la sólida base social de una nueva clase media emergente que hacía posible la adquisición de poder político, eligiendo diputados al Congreso, etc.

Muy distinta es la situación de los inmigrantes recientes, salvadoreños, guatemaltecos, colombianos, dominicanos. Estos en su mayor parte han entrado en el país ilegalmente. Forman núcleos de asentamiento transitorio sin echar raíces. Su mayor objetivo es ganar dinero, bien para enviar a su familia en el país de origen o, bien, para ahorrarlo y poder vivir mejor cuando regresen allí. Aún cuando logran legalizar su residencia, siguen como núcleos para la recepción de nuevos inmigrantes ilegales —sus propios parientes—, de tal